

Si muero lejos de ti

Beatriz Espejo

Recorrido por el mitológico cementerio de Père-Lachaise, ficción entrañable, este texto de Beatriz Espejo —autora de Alta costura, Muros de azogue y Cantar del pecador, entre otros— nos muestra a una autora obsesionada por la pulcritud de la prosa y la precisión del relato.

Para Francisco y Adela

*De acuerdo, lo vivido y lo bailado nadie me lo quita;
pero quién me lo devuelve.
Adolfo Bioy Casares*

La mañana estaba nublada, una lluvia finita llegaba como millones de alfileres que caían sobre los árboles; pero la humedad se desprendía de las tumbas y bajaba luego como neblina densa; sin embargo la señora Agustina no pasaba frío porque tampoco lo había. Era verano, la lluviecilla era de verano y la señora Agustina venía bien pertrechada. Previó hasta el último detalle durante meses, cuando sus facultades mermaban a pasos agigantados y supo que su fin llegaría pronto. Así se embarcó hasta allí, tomó un vuelo de primera clase para soportar mejor las incomodidades de la distancia, escogió un hotel conocido cerca de las Halles, propiedad de una inglesa y decorado con cortinas y tapices floreados que le daban cierto calor hogareño apropiada para pasar las semanas que le quedaban en aquel rumbo modesto donde no causaría alboroto con lo que vendría pronto; además, los de la administración hablaban español y Severino podría darse a entender. Alquiló dos cuartos, uno más grande, y al día siguiente pidió un impermeable ligero y un pañue-

lo de seda con el que cubrió su cabeza. Ella misma sostuvo su paraguas negro y blanco y se dispuso a que Severino la empujara por los senderos de Père-Lachaise. Al taxista le había dicho, en un francés con acento mexicano que las monjas del Sagrado Corazón no lograron quitarle, déjeme en la entrada principal por el bulevar de Ménilmontant. No soy una turista cualquiera. Conozco París bastante bien y lo he soñado.

Antes de llegar hasta donde tenía previsto decidí visitar algunos sepulcros de muertos célebres. Hacía muchos años hizo el recorrido con su marido en plan turístico; sin embargo no recordaba ya la localización de las tumbas y no deseaba pagarle a un guía. Quería seguir su propio ritmo, detenerse cuando quisiera, reconocer bien el entorno que iba a rodearla. Prefirió servirse de un mapa y por supuesto los de la administración no pudieron proporcionárselo.

La última vez que pasó por ese mismo portón de piedra gris y verja negra estaba transida de dolor, casi doblada sobre su estómago, del brazo de su amiga Isabel que la había acompañado en aquel funesto viaje, la única amiga verdadera que jamás tuvo y que acababa de morir de cáncer en el pulmón. Desde su sillita de ruedas, esperando que Severino regresara del baño o de donde se



“Una lluvia finita llegaba como millones de alfileres que caían sobre los árboles”

hubiera metido, abrió la herida de su memoria para ver a Isabel en los años de su juventud insultante. Sí, se dijo, para los viejos la juventud es un insulto. La recordó vestida con un traje rosa sandía y con un maquillaje impecable porque había tomado clases para presentarse como artista cinematográfica y sacarse todo el partido posible, lo cual a la señora Agustina le parecía una proeza porque para entonces ella había dejado toda coquetería. Se volvió una estatua de sal mirando el pasado, quieta en su soledad, incapaz de tomar decisiones, embargada por el miedo, como cuando muy niña aún su hermana mayor la llevaba al oscuro y grande zaguán oloroso a mohos de su casa, cerca del portón apagaba la luz, subía a toda prisa las escaleras inmensas, y la abandonaba mientras ella se orinaba de miedo sin que nadie viniera a buscarla durante largo rato porque sus gritos se perdían en el primer peldaño y no llegaban a los pisos superiores. Incapaz de tomar decisiones, esperaba que acudieran para auxiliarla. Desde que envió regresó a esa temerosa inmovilidad

hasta el punto de que a ella misma la hubiera asombrado la decisión que acababa de tomar si no fuera algo resuelto oscuramente el día de su pérdida. Y oyó la voz de su amiga por el teléfono diciéndole que andaba enferma. No le precisó su enfermedad ni ella se lo preguntó. Quiso creer que se compondría pronto para reanudar sus mutuas visitas. En realidad se trataba de una despedida en la que nunca se pronunció la palabra adiós. A lo mejor Isabel no había querido asustarla, a lo mejor evitaba decirle que ella aguardaba turno en la misma fila. A lo mejor buscaba ahorrarle un sufrimiento; pero la verdad era que desde hacía tiempo Agustina estaba metida dentro de sí misma, inmune a todo lo que le causara pena. Nada la perturbaba. Se construyó un capelo que la protegía. Su dolor se agotó en la redoma de un alquimista, fue una esencia destilada hasta la última gota como perfume amargo. Jamás lloraba. Se le acabaron las lágrimas en una interminable desdicha que provocaba su propia tragedia.

Nadie hubiera creído que cuarenta y siete años y tres días atrás en París encontraría final un matrimonio que la llenaba de orgullo y había entrelazado con otro ser sus días y sus noches. Gracias a esa unión lo sabían todo del cuerpo del otro, de los deseos del otro; sin embargo esa sinfonía terminó abruptamente, sin previo aviso, con un infarto fulminante mientras su esposo firmaba contratos para negocios de exportaciones. Aquello fue terrible. Lo lleva rumbo al hospital a toda prisa pero en la ambulancia, con la sirena pidiendo paso a los demás automóviles y las luces prendidas girando sobre el techo, mientras Agustina le acariciaba la frente, él hizo un intento para morir en sus brazos y sólo pudo decirle que no lo regresara a México. Deseaba evitarle más complicaciones, quedarse en una ciudad que siempre había disfrutado y donde tenía amigos poderosos que la ayudarían con los trámites para enterrarlo en Père-Lachaise. De aquel momento, Agustina recordaba el peso de una desesperanza que la aislaba incluso de los alardes inútiles de la ambulancia. Supo que su marido hasta en el último instante intentaba proteger a la hermosa criatura de quien estuvo profundamente enamorado y no dejaría de estarlo en ese instante cuando la vida se convirtió en un gran silencio. Así que, como siempre, ella cumplió sus deseos. Y ahora estaba ahí en su silla de ruedas, bajo el paraguas, sin lágrimas. Descubrió a Se verino que volvía con el mapa en

Sabía que estaba condenada a la soledad y se acostumbró a ver el mundo detrás de un cristal que no quiso o no se atrevió a romper.

alto alzándolo al caminar y con ganas de enseñárselo, p a recía triunfante diciéndole que al fin lo tenía después de comprarlo en una miscelánea. También cargaba varias rosas blancas vendidas en la calle. Traía el cabello mojado pero cumplió las órdenes de su patrona y en la distancia por primera vez sintió ternura por ese cuerpo consumido, por su afán inesperado de seguir pareciéndose a sí misma, por un gesto involuntario que la hizo erguirse al verlo.

Agustina se propuso buscar inútilmente la tumba de su patrono san Agustín que había dado clases en la Sorbonne y es padre de la Iglesia católica que ella casi había abandonado aunque creció bajo sus enseñanzas y en el fondo comprobaba aquello de que lo que bien se aprende no se olvida. En realidad, dándose apenas cuenta se fue alejando de casi todo, la religión, la belleza física, las apetencias, los compromisos, las reuniones habituales, incluso se apartó de su propia familia. Sus hermanos murieron uno tras otro como fichas de dominó. Lo sintió poco, no extrañó su partida, no lamentó su desaparición. Sabía que estaba condenada a la soledad y se acostumbró a ver el mundo detrás de un cristal que no quiso o no se atrevió a romper.

En el mapa leyó el nombre de algunos científicos cuya importancia nunca hubiera negado pero que no veneraba tanto como para gastar sus menguadas fuerzas en ir a su encuentro. Siguió la avenida de los poetas hasta tropezarse con la tumba de Colette cuyas novelas fueron su lectura obligada durante una adolescencia apetente. Imaginó a la escritora gracias a sus retratos, con el rojo cabello alborotado y la mirada reflexiva en la que ardía una llamita a punto de extinguirse que no se extinguió nunca. Agustina se dijo que existía algo más que la pasión, la vanidad y la egolatría. Existen seres como éstos que vienen al mundo y lo dejan más hermoso de lo que era. Allí estaban los sepulcros de De Musset y Rossini y Agustina recordó sus noches de ópera en Bellas Artes cuando su marido compraba toda una hilera de asientos o un palco para invitar a otros hombres de negocios y ella se sentía colmada de bienestar oyendo los acordes exultantes de *Guillermo Tell*. Ante el mármol de Vincenzo Bellini casi pudo tararear el aria de *Norma* cantada por su mejor intérprete, la que convertía esas notas en un pasaje del Paraíso habitado por serafines, María Callas que también estaba enterrada en un nicho cerca de la capilla. Agustina la había oído en México a principios de los años cincuenta cuando era gorda y se necesitaba cerrar los ojos para imaginarla muriendo de tuberculosis en *La Traviata*. Buscó la tumba de Abelardo y Eloísa, una de las más importantes por su tamaño y su leyenda, los amantes esculpidos en piedra bajo un palio como una catedral gótica hecha a su medida, tenían un perrillo faldero a los pies. En casa, Agustina había dejado a su mascota, su única compañía que seguramente olisqueaba por

los rincones, pegaba el hocico contra el piso al filo de las puertas anhelando su regreso, su mascota que no se atrevió a traer por los trámites necesarios, la incertidumbre y las horas de vuelo que temía sin confesarlo. Respecto a su perrita no sabía a quién dejársela, a lo mejor todavía se le ocurriría algo, quizá la aceptara una de las hijas de Isabel, le disgustaba enviarla a un asilo porque le parecía injusto. Quería corresponderle eso de la fidelidad que a ella también le hubiera cuadrado. Fue fiel al amor de un hombre hasta que sus bellos pechos que no amamantaron comenzaron a colgarse, hasta que sus muslos redondos se volvieron flácidos, hasta que en su rostro aparecieron arrugas. Muchas arrugas que jamás se ocupó de combatir. Envejecía como una seda rosa hecha por hábiles artesanos que entretejían los hilos sin tensarlos. No acudió a clínicas de belleza ni a cirujanos plásticos para detener estragos o, al menos, disimularlos un poco. Dejó que el tiempo se aposentara en su espalda encorvada, que la osteoporosis mermara su estatura pensando que de nada serviría oponerse a lo irremediable. Y los días iguales unos a otros pasaron como una rutina que la arrastraba a lo que ahora estaba viviendo.

No resultaba fácil seguir el mapa. El cementerio era un laberinto. Le costaba trabajo descifrarlo. Y Severino era bien mandado pero bastante bruto para conducirla por sí mismo o para sugerir alguna ruta. Todos aquellos nombres ilustres que formarían un diccionario no le decían nada. A lo mejor algunos cuantos los había oído convertidos en iglesias o calles de Polanco pero le resultaba



"Desde que enviudó regresó a esa temerosa inmovilidad"

imposible imaginarlos como personas admiradas por la posteridad, y además aquélla era la primera vez que se había subido a un avión para ir a Europa y aún no lograba creerlo y mucho menos que se le hubiera presentado una oportunidad ni imaginada ni esperada. Y la acarrea-ba por aquí y por allá en un traqueteo innecesario, casi a tumbos, preguntándose la razón de ir a un panteón recién llegados si por la ventanilla del coche pudo comprobar que la ciudad tenía otros lugares mucho más alegres y hermosos palacetes y gente que hablaba un idioma para él incomprensible. A los ricos nadie los entiende, pensó.

Hausman, el famoso urbanista, prefecto de Napoleón, yacía cerca. Pero había que buscar la tumba de Chopin con su fina cabeza esculpida en lo alto, su cara de nariz aguileña apenas sobresalía sobre las muchas flores con que lo habían cubierto sus admiradores como ofrendas cotidianas entre las que destacaba una violeta africana con macetita y todo. Agustina añadió otro gesto amable. Colocó su rosa blanca encima. Recordó que de niña interpretaba con bastante ingenuidad e ineficacia los vales, nocturnos y polonesas de aquel romántico que vivió únicamente treinta y nueve años, los suficientes para que más de siglo y medio después lo siguieran amando. Una hilera de personas a diario le hacían homenajes anónimos, quizá los más valiosos. Reconstruyó sus tardes aburridas, echando miradas al reloj de porcelana, al tic-tac marcado con un péndulo inmovible, leyendo frente al piano las notas de un preludio diminuto y fugaz



“El cementerio era un laberinto”

como suspiro, que azotaba implacable apostándole a la fogosidad en la interpretación para sustituir el talento. Mientras, sentado en el más cómodo sillón de la sala su maestro ruso. ¿Se llamaba Alejandro Shushin? Agotaba las botellas de *cognac* dispuestas sobre una mesilla lateral. Procuraba sustraerse hacia el olimpo de los fracasados la hora de la clase y apenas se dignaba darle algunas explicaciones. Él tampoco era bueno ante el teclado que también violentaba con dedos demasiado regordetes incapaces de una ejecución limpia, siguiendo el compás con sus mejillas mofletudas y coloradas de borracho. Usaba mal los pedales y casi pasaba por alto los silencios marcados en el pentagrama, los silencios que encerraba la complicidad con los escuchas, el mensaje inexplicable; pero contaba historias que a los burgueses les encantaba oír, se regodeaban repitiéndolas como chismes llegados desde una frontera distante. Los hacían estremecerse de horror. El maestro decía que había logrado zafarse de los bolcheviques aunque su mujer fue detenida en el último minuto por ser una química valiosa. Un músico oscuro no resultaba indispensable, lo dejaron en libertad de irse. Se subió al tren con el alma destrozada y prosiguió su camino solo desde entonces, tomando alumnos poco dotados, sordos. Cuando contaba ese pasaje de su vida se le llenaban los ojos de lágrimas, se tomaba la copa de Martell de un trago y Agustina lo compadecía sin saber las causas ni prever su propio futuro; pero tarde o temprano uno conoce la verdad, la otra verdad oculta tras las máscaras o las apariencias momentáneas, revelada cuando menos se piensa.

Y de nuevo el mapa que la llevó por equivocación al monumento levantado por los muertos de San Bartolomé. El tonto de Severino volteó a la derecha en vez de seguir hacia arriba para encontrar las tumbas de Molière y Lafontaine compartiendo honores en espacios contiguos. Uno la llevó hasta las noches de teatro vestida con sus mejores galas; el otro la condujo hacia fábulas ilustradas suntuosamente en bellas ediciones para niños o sorprendidas de pronto en libros de texto. También a ellos les tocó su rosa y no había más que un paso para llegar a los lugares de Corot e Ingres, aunque sus empeños la adentraban en un laberinto de veredas torcidas e indicaciones complicadas que necesitaba entender ajustándose los lentes y descifrando el papelillo tembloroso en el que caían algunas gotas. Sí, tenía que acercarse a Monsieur Dominique, muerto a los ochenta y siete años, y Delacroix que formaba parte de su propia historia. Había sido una lectora precoz. Se encerraba en la biblioteca tratando de aprender poemas fáciles de Díaz Mirón o Amado Nervo. En la pared central había un cuadro al parecer valioso cubierto por una cortina que se descorría cuando llegaban invitados. Sus padres le pedían que saliera de la pieza y desde afuera acertaba a entender las exclamaciones sobre la perfección del artista y la des-

fachatez del tema. Y la cortinilla volvía a cerrarse y a ella le permitían volver a entrar hasta que se cansó de tanto misterio, lo destapó acercando un banco para subirse. Era el retrato de una odalisca desnuda recostada entre cojines. Le pareció bellísimo y nada pecaminoso y no entendió su valor adquisitivo al deletrear la firma, D e la croix. ¿Cómo iba a saberlo? No tenía la edad suficiente para sospecharlo siquiera ni preguntarse cómo lo había adquirido su familia, quizá con algún anticuario. No comentó con nadie su audacia, ni supo cuándo desapareció el dibujo de su casa tan secretamente como había llegado. Tal vez se fue en uno de esos cambios en que su padre los llevaba del esplendor del derroche a la incertidumbre financiera, una rueda de la fortuna a la que se habían acostumbrado. Se subían con alegría y se bajaban sin lamentarlo demasiado. Pronto regresarían al juego.

Había que desviarse hacia la tumba de Jim Morrison. Se verino la descubrió con el número quince del mapa, era una de las más visitadas según pudo constatar porque varios turistas jóvenes ataviados con pantalones de mezclilla y calzado tenis preguntaban la manera de encontrarla. Lo mismo hizo un grupo de japoneses con mochilas sobre la espalda y cámaras sobre el pecho que caminaban presurosos como si procuraran terminar pronto esa parte de su *tour*. Aunque ella no entendía el motivo ni sabía nada del tal Morrison, atisbó en la cara de su sirviente un cambio de actitud, descubrió interés, admitió su equivocación respecto a que no se le ocurría nada y aceptó la sugerencia.

Y también traía rosas para Modigliani, Sara Bernhardt e Isidora Duncan cuyas biografías leyó con entusiasmo en épocas remotas. No pensaba irse sin dar con Balzac y su condesa polaca, la famosa extranjera que tanto lo había desdeñado y acabó enterrada junto a él. En la parte judía del cementerio buscó a Proust unido hasta el fin con sus padres y su hermano Robert que trajo la herencia de su mujer. Sobre el sobrio mármol negro donde destacaba el nombre porque no se necesitaba añadir palabra había ya otra rosa blanca colocada con exquisita suavidad. Quizá la habían puesto un rato antes. Se notaba en la frescura de sus pétalos. Agustina se ajustó los lentes con montadura de oro pasada de moda que pesaba y se le había resbalado de nuevo. Con el movimiento lento y ondulado de los cuerpos muy viejos cruzó su rosa y estuvo mirándola como si al hacerlo contemplara una obra de arte o como se reconoce a un familiar querido al



"La humedad se desprendía de las tumbas y bajaba luego como neblina densa"

que no se había visto durante largo tiempo o como quien se familiariza con futuros vecinos de condominio y los aprueba. La neblina se fue lentamente sin que nadie lo advirtiera y la llovizna y la humedad habían cesado, no se descubrían sus rastros en los árboles con las raíces de fuera. No se descubrían sus rastros en la superficie pulida de la loza. Se diría que también lo habían secado con un paño finísimo. Sin embargo el cielo continuaba opacado por una grisura tristonera a lo largo y a lo ancho del entorno. Se desabrochó el primer botón de su impermeable, se quitó la pañoleta, la dobló sobre sus piernas y se dijo que ella también andaba tras su tiempo perdido y recobró una de sus experiencias. Ya casada tomó como oyente clases en la Universidad Iberoamericana donde una muchacha atolondradamente juvenil se enfrentaba al grupo. Carecía de experiencia. Sin que los jesuitas protestaran sus galanes permanecían esperándola a la puerta del salón; pero contagiaba entusiasmo. Compraba cuadernos en la Librería Francesa, recortaba retratos, consultaba cuanto podía consultar y los incitaba a saber hasta dónde conduce la evocación de un panecillo disfrutado en compañía, una margarita disuelta en té. Agustina asistió al curso entero a pesar de que por aquella época cumplía con los compromisos que su marido tenía y las diversiones a las que siempre se mostraba dispuesto como si imaginara que viviría poco. Y la margarita de su memoria la hizo lamentar su nula capacidad a la hora de expresarse en cualquier

No resultaba fácil seguir el mapa. El cementerio era un laberinto. Le costaba trabajo describirlo.

Ella misma sostuvo su paraguas y se dispuso a que Severino la empujara por los senderos de Père-Lachaise.

forma artística. Pertenecía a esa parte del género humano limitado a celebrar las obras ajenas.

Parecía inexplicable que rompiera su habitual pasividad y siguiera adelante el recorrido, cualquiera hubiera dicho que retrasaba su parada final, el propósito de su viaje. Llegar hasta Oscar Wilde no fue fácil. Necesitaron preguntar a una guardiana que les dio indicaciones confusas. Subir por la avenida transversal número 3 hasta dar con un ángel de piedra porosa que todavía asombraba gracias a su modernidad, cubriendo con sus grandes alas protectoras unos restos mortales. En lugar de flores, los visitantes lo habían cubierto de besos, cientos de besos en todas partes a pesar de que un leterrito colocado abajo rogaba no ensuciar el sepulcro. Agustina tuvo un impulso, sacó de su bolsa lápiz labial y espejito y con manos trémulas se dibujó los labios, pidió que Severino la acercara lo más posible y logró estampar el beso de una vieja que por segundos había rejuvenecido. Su beso no se distinguió de los demás, quedó bien impreso en un hueco y a ella le quedó sabor a tierra sobre los labios; pero agradecía las historias que sabía contar aquel escritor capaz de engañar su tristeza con la sonrisa de la inteligencia. Si Agustina hubiera tenido hijos, los hubiera enterado de que hay gigantes cuidando jardines, príncipes felices, reyes sombríos, fantasmas chocarreros, y mientras lo pensaba el cielo se tornaba algo más claro. Finalmente decidió emprender el encuentro de la tumba que había buscado en un interminable paréntesis de cuarenta y

siete años y tres días. Necesitaba cuanto antes reparar los desperfectos que tendría después de tanto tiempo. En su camino encontró a Rafael Leónidas Trujillo en un mausoleo cerrado con candado. Tenía tres ventanas con los vidrios rotos y en el interior un cúmulo de botellas vacías y basura tiradas al pasar. ¿Sería cierto que al final cada quien recibe su merecido? Quién lo sabe. Y no halló más pretextos para retrasarse. Su marido quedaba bastante más arriba en una especie de colina destinada a los muertos sin fama. Otra vez abrió su bolsa pero ahora para sacar unos papeles que la guiaran rumbo al sitio exacto. Su muerte era uno de tantos muertos anónimos, como ella lo sería. Desde hacía cuarenta y siete años y tres días había reservado su derecho a ocupar la misma fosa; pero finalmente estaba próximo el encuentro y entonces se preguntó ¿cómo iba a reconocer su marido a la mujer hermosa en esta anciana inválida comida por la enfermedad que sin embargo iba a su encuentro? Le cogió apuro al observar sus dedos en que bailaban los anillos, sus muñecas flaquititas, sus pies hinchados metidos en zapatos ortopédicos. Se tambaleó como si de pronto hubiera comprendido lo mucho que eran cuarenta y siete años, tres días y dos horas que había perdido en el cementerio y no pudo reprimir una angustia incontrolable, le subía desde el vientre y le llegaba al corazón. No gritó de miedo, ahora nadie vendría a socorrerla. Empezó a llorar. Sus lágrimas brotaron como si el cayado de un pastor hubiera golpeado una piedra en el desierto para que brotara un manantial. Como milagro amoroso, las lágrimas en cataratas se lleva ron al paso el rubor que le había pintado chapas de payaso, le abrieron surcos en el polvo facial, rodaron por su cuello y dejaron huella en el talco del escote. Sí, pensó, su marido no iba a reconocerla, no con esa apariencia; pero era demasiado tarde para regresar a México. Debía continuar. Severino acataba las instrucciones que le daba entre sollozos, asustado porque nunca había visto a doña Agustina en tal estado. No se explicaba su reacción y ni siquiera supo decirle cualquier cosa amable. Se limitó a empujarla por varios senderos, viendo desde atrás las espaldas angostas, viendo cómo el cabello de Agustina, que a juzgar por los retratos había sido negro y pesado, se convirtió en una melenita delgada y canosa bailoteando al viento.



“Se limitó a empujarla por varios senderos”

Valle de Bravo, 9 de septiembre de 2007 [U]